Fuácata

Raúl Ortega Alfonso

LA ESCRITURA INVISIBLE

EDITORIAL
TERRACOTA

1

El chorro de meado —de un perro callejero— sobre el rostro me obligó a abrir los ojos. Después pasó un tipo y me dio una patada en las costillas. "Borracho de mierda", escuché que decía su desprecio mientras se alejaba. Otro se detuvo (ésos son los que triunfan). Me puso el pie en la cabeza; lo movió sobre mi cara como si intentara limpiar la acera con mi cara llena de vómito. Después me lanzó un escupitajo y siguió su camino… silbando. Yo intenté levantarme, pero ni eso pude hacer. No entiendo nada: uno, cuando bebe, también debería de tomarse la ley de gravedad. ¿Me caí? ¿Me empujaron? Ya no importa. Para que no me asalte el remordimiento de que una vez más soy un ser asqueroso, pienso que desde esta inutilidad es bueno saber que puedo ser un tipo útil: la gente se siente realizada, importante, superior cuando te pasa por encima o pisotea al prójimo. Ahora fue una mujer la que se detuvo. Desde mi rostro navegando en su propia vomitera, podía ver cómo movía, dentro de sus sandalias de cuero, los dedos de sus pies: gusanitos de seda que tejían la luz mientras me saludaban. Sí, el sol sale por los pies de una mujer, cruza

el cielo y se oculta en la forma perfecta de sus nalgas. Mientras escuchaba la voz apremiante de la que podría ser su madre: "¡María, vamos! ¡Deja al cochino ese!", tuve tiempo para alzar la mirada, y el revirón verde de unos ojazos se tragó por un instante la vergonzosa oscuridad de sentirme un pedazo de asco ante su belleza y de quienes pasaban por mi lado. Oscuro será siempre el hombre que no sepa que la luz está hecha de mujer, pensé, mientras ella desaparecía. ¿Anoche qué pasó? ¿Por fin esta gente me acompañó hasta la parada? ¿Me subí en la guagua? Sí, si no me equivoco me senté al lado de una señora que cargaba un niño. Claro, recuerdo que desenfundé mi caneca y ¡fuácata! Y la criatura fijó en mí los ojos como si me dijera: *no me mires con esa cara de estúpido*, *compadre*, *que la inocencia no existe*. También recuerdo que me guardé el pomo en el bolsillo; entrelacé las manos como si me las quisiera amarrar, porque me dieron deseos de pegarle una trompada al chiquillo sólo de imaginar que podía estar burlándose de mí. Ésa es una de las causas por las que tengo que dejar de beber: antes me ponía alegre, payasón, perdía el miedo, hacía el ridículo, todo el mundo se reía de mí; pero últimamente ni eso. Ahora oculto mi cobardía detrás de mi alcoholismo y me da por ponerme agresivo. Me viré boca arriba. El sol me dio un trastazo entre ceja y ceja. Me busqué en los bolsillos. Saqué la caneca. Sí, me quedaba un buchito. ¡Fuácata! De lo demás no me acuerdo… En serio. Lo que no he podido olvidar son los pies de la tal María. La luz nunca se olvida, aunque uno tenga las neuronas agujereadas de tantos alcoholes pesimistas, y sepa que un borracho, en la boca de todos, no es más que un pisotón. ¡Ay!

2

Si a mí me pasa algo y no puedo sacarla de la isla, antes de dejársela a esta gentuza soy capaz de matar a mi hija. Sí, como lo oyen: eso pienso mientras espero al comprador sentada en el parque que está cerca del único hotel del poblacho de Santa Cruz del Norte. Antes, me aterraba cuando yo misma me sorprendía elucubrando esas ideas. Monstruo, me decía, te han convertido en un monstruo, María. Le diste el gusto a esa gentuza y te has convertido en un monstruo. Ya no me asombro, la verdad: ahora esos pensamientos desandan por mi mente como si caminaran por la sala de su casa en pantuflas y bata de dormir. Antes pensaba que tenía que ir con el siquiatra, y luego me reía de mis ocurrencias: extraña visita tendría que ser ésa, María, en un lugar donde nadie se escapa de la demencia, aunque estén separados por bandos: los locos que asesinan, y los asesinados. Así que ahora cultivo esas ideas a pura agua y sol, sin ocultarlas, para tenerlas a mano, digo. Cuando me tienen un poco jodida (las ideas, digo) porque el negocio se ha puesto malo y no he podido vender la desgraciada botella de ron para conseguir la leche de Daría, les meto

un empujón y las saco a escobazo limpio de la cabeza. Qué se creen, eh, que me pueden gobernar así como así, como si yo fuera una esquizofrénica. Claro que no. La semana pasada, el lunes, creo —mientras el asco de mi suegra dormía—, me acosté y abracé a la niña después que cerré puertas y ventanas y abrí la llave del gas. Luego me aterroricé y me levanté a cerrarla. No por lo que pudiera pasarnos, digo, sino porque si gasto el gas en esas nimiedades, al otro día, cuando me fuera a levantar, no iba a tener para hacerle el desayuno a Daría, y con lo que le gusta la leche con chocolate, pobrecita, se desvive por ella. Y mira que una tiene que joderse y gastar neuronas y vender botellas de ron para conseguirle la leche... y el chocolate, sobre todo el chocolate, que aquí escasea más que el oro que no encontraron los conquistadores. Pero nunca, hija mía, nunca, escúchame bien, tu madre te va a dejar de conseguir tu leche y tu chocolate. Te lo juro por ti, mi amor, y por ese Dios que nunca he tenido ni tendré.

Al otro lado del río —que vierte sus asquerosas aguas en el mar— se alza la fábrica de ron donde trabajo, y de donde me robé las seis botellas de Havana Club (añejo cinco años) que llevo en el bolso. Mi cliente no llega. Mas por estar pensando en esas idioteces y mirando para la fábrica, con ese odio ancestral que le tengo, no veo que la policía sí acaba de llegar. Detienen la patrulla y se bajan los perros (policías, quiero decir) con la prepotencia de los garrotes colgados de la cintura y los ojos de sabuesos de presa. Ya uno de ellos me echó el ojo, pero comienzan a registrar a los que están sentados en los bancos situados más cerca de la calle. Viran al revés la cartera de una anciana y las mochilas

de un grupo de estudiantes. Pongo el bolso en el piso, lo empujo con los pies para tratar de meterlo debajo del banco y me alejo de él unos cinco metros. Tengo deseos de mandarme a correr, pero sé que es inútil. Estoy nerviosa, quiero decir, cagada del miedo. Lo primero que me viene a la mente es Daría, mi hija, tener que dejarla en manos de esta gentuza si me ocurriera algo. Trato de calmarme. Tranquila, María, tranquila, no pasa nada. Me hago la que mira, despreocupada, a uno de los tantos locos del pueblo, quien, mugriento y descalzo, hace monerías en la acera de enfrente. Le envidio. Que mente tan despejada debe de tener. Ahí vienen. Sí, ya están aquí. El rubio de las pecas, con cara de sarnoso, es quien me pregunta si ese paquete es mío. Yo niego con la cabeza. El otro, el más barrigón de los dos, es quien mete las garras en el bolso. Saca una de las botellas y con una sonrisa de triunfo y de cinismo alza la botella y grita como si le preguntara al mar:

"¿Sabe alguien de los presentes de quién es esto?"

Secretean entre ellos por unos instantes. Después me agarran entre los dos, uno por cada brazo, y de un empujón me arrojan dentro del carro patrullero. Diez minutos más tarde, en el interior de un calabozo. Yo cruzo los brazos y me aprieto yo misma como si estuviera abrazando a Daría.

Junto a mí, sentadas en el piso, conversan dos adolescentes. Catorce o quince años, no más, a pesar de que con el excesivo maquillaje, casi ridículo, pretenden aparentar más edad. No me asombra la indiferencia que mostraron hacia mí. En medio de esta asquerosa supervivencia todos somos iguales y hablamos un lenguaje similar. Cuchichean, pero las escucho: que si se la

mamó al calvo; que la otra tuvo que bailar encuera ante el gordo por veinte dólares; que el tipo tenía el rabo tan chiquito que daba risa; que si la orgía con los italianos en la casa de la playa de Jibacoa; que si la policía las agarró en la tienda para turistas, cuando ya el tipo les iba a comprar los zapatos y los *jeans*...

Ríen y maldicen en contra de esta gentuza.

Después de varias horas, sin tomar ni tan siquiera un poco de agua, me sacan a empujones y me paran frente a quien parecía el jefe.

Tranquila, María, tranquila. Todo va a salir bien. Tú eres más inteligente que él. Acuérdate de que ellos sólo tienen el poder y la fuerza.

"Déjenme solo con esta palomita", ordenó su cinismo.

Los dos cachorros que me habían arrastrado hasta el perro mayor, se alejaron moviendo sus colas.

"Así que robando ron", gruñó, mientras una de sus patas delanteras me agarraba por el pelo.

"Tú no tienes necesidad de eso, palomita. Yo puedo ofrecerte todo lo que tú necesitas, siempre y cuando me complazcas en lo que yo te pido." E intentó agarrarme una teta.

Y mis dientes clavados en su pelambre y un zarpazo en la cara que me lanza contra la pared y sus gritos de sáquenme a esta puta de aquí y los ladridos y se acerca la jauría y me cargan y yo muerdo y pataleo y escupo y ellos me golpean por las costillas y por las tetas y por la cara y yo vuelvo a escupir (sangre) y él ladra putaemierda y ratera y como un saco de papas me lanzan contra el cemento y allí amanezco y me duele todo el cuerpo y por fin, después de un rato, me dicen con una son-

risa que puedo irme. Esta vez creo que me salvé de la cárcel y de que no me botaran de la fábrica porque los perros no tenían deseos de trabajar y se conformaron con repartirse las botellas entre ellos. Si los agarro con el moño vira'o, como dice el monstruo de mi suegra, los seis meses presa —o lo que se les ocurra hacerme— no me los quita nadie de encima. Aquí, dentro de este salvajismo que me rodea, las leyes se las pasan por los huevos y no hay a quién reclamarle. Te desaparecen y ya. No pasa nada.

Me duele todo el cuerpo y aún me sale sangre de la boca, pero no importa, echo a correr, literalmente, desde la estación de policía hasta la casa. Cuando agarre a esa cosita, a esa Daría mía, le voy a dar un abrazo que la voy a estrangular y me prometo a mí misma que no voy a abrir más la llave del gas.

Una sola vez el padre de Daría —si es que a esa bola de vómito con patas se le puede llamar padre— trató de pegarme. Lo botaron de la ronera (como aquí le decimos a la fábrica), y yo, que ahora ocupaba su lugar, no había traído lo suficiente para que terminara de emborracharse y para garantizar la venta diaria. ¡Ah, pero cuidado! Mientras me ofendía y me empujaba y me amenazaba con golpearme, cogí una de las botellas vacías que él mismo había dejado sobre la mesa y se la tiré. Por mucho que quiso esquivarla le dio en la cabeza. Su propia sangre, chorreándole, lo paralizó. Mira, muchacho, darme un golpe a mí, a María. Se volvió loco. Nunca permitas que te den el primer golpe porque entonces

6

Entré a trabajar —digo, a robar— en el turno de ocho a cuatro de la tarde. Daría se quedó con la abuela, más bien con el demonio, diría yo. Nos odiamos. Cuando el odio es mutuo, no hay que estar flagelándose la conciencia con el perdón y la bondad. Lo mismo pasa con esta gentuza que está en el poder: nos odian y los odiamos. A la vieja nunca voy a perdonarle que jamás se puso de mi lado ante las agresiones alcohólicas que sufrí por parte del padre de la niña; de entenderla, la entiendo (pero eso no disminuye en nada mi desprecio): a veces una madre no es más que la justificación de su hijo, haga lo que éste haga. Me controlo y no le rajo una botella en la cabeza cuando viene con sus ofensas, porque a pesar de su odio contra mí, sé que quiere a Daría, y la niña la adora. A veces, cuando la otra María que me habita se vuelve razonable dos o tres minutos, pienso que la vieja es una mujer sola, abandonada por su marido y que nunca se volvió a casar ni a juntar con ningún hombre. La soledad es como una llovizna de vinagre que te va agrietando el carácter poco a poco; te acentúa las arrugas y una empieza a cogerse odio a sí misma y

arremete y descarga sus frustraciones contra quienes te rodean. Si no lo supiera yo. También la otra María está consciente de que vive en su casa, que ella es la intrusa, la rival que toda nuera representa para una suegra. La convivencia con mis padres hubiera sido insoportable. Ellos crían y engordan a un hijo que se llama fanatismo, y nada puedo hacer frente a ese monstruoso hermano que me han regalado. El fanático es un ciego con ínfulas de ver mejor que nadie, porque la única verdad que lo convence es la que abarca su visión dictada por el dios que idolatran hasta el punto de limpiarle las nalgas con la lengua. En fin, hoy tengo que robarme un galón de alcohol y todavía no sé cómo voy a sacarlo. Antes, a la hora del receso, sólo tenía que cruzar la calle y me lo robaba de los tanques que hay en la planta de fabricación, pero la seguridad interna de la ronera ha puesto tantas rejas y candados que es casi imposible entrar y salir. Esto cada vez se parece más a un potrero donde nosotras, las vacas, estamos separadas por cercas de alambres de púas, y no dudo que un día de éstos las electrifiquen. Ahora tengo que ir hasta cualquiera de las dos destilerías. Le pregunté a Juanita *Patabierta* y me dijo que la número uno —también le dicen la destilería vieja—, que me queda más cerca y tiene menos vigilancia, está fuera de servicio porque se incrustó la columna de destilación. Ahora se pueden demorar un mes en lo que la desarman plato por plato y la desincrustan a martillazo limpio. Menos mal que no tengo que esperar hasta la hora del receso porque la máquina que pega las etiquetas en las botellas se acaba de romper y detienen la línea. Tengo mucho más tiempo. Voy hasta el baño en donde tengo escondidos los pomos de plástico de un

litro (antes, de champú) y me los encajo en el *short* que tengo debajo de la saya. Por lo menos debo dar dos viajes para completar el galón. Llego y me meto entre la maraña de tuberías y válvulas y motores de las bombas del nivel uno, pero casi me tropiezo con el guardia que cuida los tanques de almacenamiento. Es nuevo. No lo conozco. Disimulo. Tengo que esperar. Subo hasta la oficina para saludar a Cuca, una viejecita que quiero como si fuera la madre que nunca tuve y que trabaja aquí de contadora hace un montón de años. Me la encuentro con los ojos llorosos y le pregunto qué le pasa. "Lo de siempre, mi niña", me dice. El marido, Benicio, que también trabaja aquí, le impide que ella pida el retiro y la obliga a robar. "Venga, mi vieja", le digo, "vamos a tomarnos un refresco". Bajamos la escalera de hierro y salimos de la destilería. En el quiosco pedimos lo único que venden como merienda: agua con un poco de colorante y azúcar: guachipupa. Cuca tiembla y casi no puede ni caminar. "Por qué se pone así, mi vieja", le digo. "Es que él no es malo, María", me dice para justificar el matrimonio de más de cuarenta años, "pero no nos alcanza ni para comer. Tú sabes que mis dos nietos se quedaron sin padre. El muy degenerado no se sabe ni dónde está; dejó a mi hija sola, y nosotros tenemos que criar a los niños. Aquí hay leyes para lo que a ellos les conviene. Ah, eso sí: si te cogen poniendo un cartel de *abajo quien tú sabes*, te fusilan o te meten treinta años en la cárcel, pero no son capaces de buscar a ese degenerado y obligarlo a que le pase la manutención a los hijos. Lo que pasa es que yo no soy como ustedes, María. La juventud tiene más valor. Tú te imaginas qué vergüenza que me cojan robando con tantos años que tengo en las

costillas. No puedo. Nada más de pensar que tengo que ir a llenar los pomos, y después pasarlos por la puerta, me entran unos temblores que no se me quitan con nada. Por tu madre, mi niña, qué desgracia. Ya ni Dios se acuerda de nosotras. Y como casi todo lo que conseguimos para comer se lo tenemos que dejar a los niños… cada día me siento más débil y temblorosa. Son los nervios, lo sé. Yo me conozco. Ya no sé ni por qué estoy viviendo". "Deme sus pomos, Cuca", le digo, "de todas maneras yo tengo que ir a llenar los míos. Usted sabe que puede contar conmigo. Tranquilícese, deje ya de temblar. Si la cogen sacando los dos litros no la van a meter presa; si acaso, la botan de aquí". "¿Y el bochorno, María? ¿Y él? Tú no te imaginas las barbaridades que yo tengo que aguantarle a ese hombre si diariamente no le llevo el dichoso alcohol. Se ha vuelto una fiera, chica, te juro que Benicio no era así. Ahora le ha dado por gritarme vieja inútil y vas a matar a tus nietos de hambre y lo mejor que haces es acabar de morirte. Este temblequeo me va a durar hasta que me muera, María. Mi vida es un infierno. He envejecido más en este último año, que en los cincuenta y nueve que tengo." La vieja Cuca está a punto de llorar, y yo no le contesto, pero sé que las arrugas que provoca el miedo llegan con más prisa que las que nos regala el tiempo. Volvemos a la oficina, me acomodo dentro del *short*, junto a los míos, los dos pomos de Cuca. Casi no puedo caminar. Bajo hasta el nivel uno, donde están los tanques, pero el guardia sigue ahí. Camino —como si estuviera recién operada de hemorroides— los cien metros que me separan de la caseta de las bombas de alcohol, donde cargan las pipas, para ver si el operador me llena los po-

mos, pero el tipo me dice que no puede, que la cosa se ha puesto muy mala, y que el jefe ya le advirtió que si lo sorprende dándole alcohol a la gente, lo va a botar de la fábrica. Mentira, pero como el tipo no es mi amigo, no me quiere resolver. Pero yo me la cobro porque cuando empiecen a embotellar el ron añejo siete años, todos los que trabajan de este lado bajan hasta el embotellado, y ahí es donde yo le voy a decir a los demás: a este hijo de puta no le resuelvan nada porque es un cabrón que no me quiso resolver a mí. Tal parece que el tipo me adivina el pensamiento porque cuando voy de regreso para la destilería, me llama. Lleno los pomos míos y los de Cuca; también, dos botellas más que escondo detrás de la caseta de las bombas para venir por ellas más tarde. Ahora tengo que resolver la forma de sacar el alcohol. No tengo confianza con ninguno de los guardias que están hoy en las dos garitas principales. Hablo con Juanita *Patabierta*, y me dice que no me desespere. Ella va a dar dos viajes con sus plataformas, y después me las presta. Mi amiga es famosa por sus numerosos inventos para robar. Su última creación son estos zapatos plataforma: más de seis centímetros y medio de altura de plástico negro ahuecado. En cada uno cabe como trescientos cincuenta mililitros de alcohol. Por el lado tienen una florecita amarilla, ridiculísima, también del mismo material, que es una especie de tapón que se enrosca; por ahí se le echa el alcohol, y listo. Pero Juanita usa el tres, y yo tengo la pata larga y flaca: cuatro y medio o cinco. Con todos los dedos afuera (menos mal que el zapato es abierto, en forma de sandalia) y mis canillas al aire, tengo que tragarme el dolor que me causa en los pies caminar dos veces de la ronera al pueblo y

del pueblo a la ronera. Pero camino, tengo que caminar; camino y escucho, cuando paso junto a ellos, los comentarios de los muchachos que casi siempre están sentados en la esquina de la farmacia: "Bueno sí, la flaca está buena. Yo sí se la meto. Se ve que tiene buenas tetas", dijo uno. "Coño, compadre, pero con esos zapatos a cualquiera se le cae la pinga, parece un avestruz con zancos", dijo otro. "¡Cochinos!", les grité, y seguí mientras trataba de caminar y mantener el equilibrio.

7

Yo trabajando en una fábrica de ron. ¡Imagínense! Yo que trataba de huirle al alcohol y que no había parado de emborracharme desde que mi padre enloqueció de tanto trabajar en los cañaverales, a cambio de recibir una limosna que nos ayudaría a *crecer sanos y felices*. De adolescente sufrí el primer coma alcohólico porque me tomé una botella de aguardiente mientras celebraba la muerte de mi padre. A los veinte, no dejaba escapar ninguna sustancia que me hiciera detonar el cerebro y tenía implantado un récord de ingreso en la sala contra alcohólicos del hospital psiquiátrico de La Habana. Borrachera tras borrachera, la amnesia alcohólica devoraba mis neuronas. Cuando me emborrachaba, perdía la memoria y el piloto automático dirigía a un hombre que dejaba de ser un hombre para convertirse en un monstruo; después, lo mismo me podían recoger tirado en cualquier acera de la ciudad, que caminando en cueros por el Parque Central, que acostado sobre una tumba en el Cementerio de Colón. Por la desgraciada manía de tomarme hasta la presión (como le gusta decir a Jorgito *Francia*), me han abandonado casi todas las *niñas*. Hubo

una, en especial, que su belleza era directamente proporcional a su estupidez (de esas que para sentirse bien, las amigas le tienen que dar la aprobación del novio de turno) y que, después de una semana sin poder tocarla, me citó en su casa para presentarme al jurado. Como de costumbre llegué en mano de los dioses. Allí estaban las dos amigas, las fiscales, sentaditas junto a la madre de la *niña*, de Odalis, de sus pechos. Ella, buscándome los ojos que ya el alcohol había secuestrado (todo esto me lo contó el marido de la hermana, entre su risa y mi bochorno, porque yo al otro día casi no me acordaba de nada), enseguida se dio cuenta del peligro, pero era algo tarde. Aterricé en el sofá recién tapizado de inmaculado blanco, y un estornudo anal, seguido de una diarrea pulverizada (a mí el alcohol me afloja la barriga) e incontenible, burló la frontera de mi pantalón y se adentró sigilosa, para dejar la mancha de una peste insoportable, en las profundidades del sofá. Todo ocurrió en fracciones de segundo, me contó mi burlón narrador, ante la mirada atónita del "jurado" que ya levantaba el vuelo como buitres que le habían arrebatado su carroña; mientras que Odalis, sus pechos, abandonaban enfurecidos el escenario, diciéndole a su padre: "¡Ahí te lo dejo, papi! ¡Te lo ruego, tíralo por el balcón!" El viejo, curdonauta como yo (en esta isla le dicen curda a los borrachos), me cargó hasta el baño, me quitó la ropa, y la iracunda suegra, con un pañuelo en la nariz, me lanzaba enormes chorros de agua con la manguera de lavadora como si yo fuera una bola de candela. Nunca más me quiso ver. Y me quedó como una sensación de vacío, como si fueran dos agujeros taladrados por la ausencia que nunca pudo llenar sus pechos entre mis manos.